



El barba azul contable

Dio muerte a infinidad de mujeres con el mayor desprecio. Henri-Desiré Landru (1869-1922) acuñó con su apellido el apelativo de la maldad para los maridos tiránicos y los seductores cazafortunas. Un Barba Azul del siglo XX que atrapaba a viudas ricas, sorprendía su buena fe y les arrebatava la vida y también su fortuna.

IGNACIO VIDAL-FOLCH
EL PAÍS SEMANAL - 19-06-2005

Las actividades de Henri-Desiré Landru como uxoricida implacable se desplegaron durante la Primera Guerra Mundial. Mientras en las trincheras de Bélgica sucedía el mayor Apocalipsis que habían conocido los tiempos, en París aquel negociante al por menor se dedicaba a manejos que le han valido una eternidad en varios círculos del infierno a la vez (el de los mentirosos, el de los avarientos, el de los asesinos) y una reputación póstuma cuya fecha de caducidad casi ha llegado; los jóvenes ya no saben quién fue, aunque hasta hace poco aún se decía de los seductores dañinos y de los maridos tiránicos: “Ese tío es un Landru”.

Gracias a aquella guerra, gran proveedora de viudas, había en la capital francesa muchas, muchísimas mujeres, muchachas jóvenes, mujeres en la madurez o acercándose a la tercera edad, viudas y solteronas que llevaban una vida gris, angosta, pobre, calculando al céntimo, con cartilla de racionamiento, pero conservando la ilusión de un amor postrero y definitivo. La ilusión de un marido bien situado, distinguido. De un hombre educado, cariñoso, protector, que las respetase. De un golpe de suerte que las sacase de la vida estrecha y las llevase a otra de armonía doméstica y conyugal, esa suerte, ese apoyo en la vida que tenía la hermana, la cuñada, la amiga.

En vez de eso, las señoritas Andrée Babelay, Célestine Buisson, Louise-Joséphine Jaume, Annette Pascal, Marie Thérèse Marchadier, Jeanne Cuchet, Thérèse Laborde-Line, Marie-Angélique Guillin, Berthe-Anna Héon y Anna Collomb se encontraron con algo parecido, se encontraron con un distinguido ingeniero, un interesante agente del servicio secreto, un próspero empresario, un vendedor de coches, un elegante diplomático, que todas esas personalidades encarnó Landru para sorprender su buena fe y arrebatárselas todo.

Con algunas de aquellas ingenuas contactó a través de anuncios en la prensa, y otras se dejaron abordar en el tranvía por aquel hombre cercano a la cincuentena, calvo, de ojos eslavos, dotado de una barba imponente, tranquilizadoramente ceremonioso, que sabía darles tiempo, que no tenía prisa. Él las llevaba de paseo por los bulevares parisienses, y después de ganarse su confianza, a veces después de meses de galanteo, recitándoles versos de Alfred de Musset, hablándoles de sus negocios futuros y de oportunidades de negocios estupendos, declarándoles su amor, fijando fecha para la boda, las hacía firmar poderes para manipular sus ahorros, y entonces, por fin, las invitaba a pasar un sábado en una casita con jardín que había alquilado en Gambais, un pueblo no lejos de París.

Era una casa, como se ve en las fotos que los periódicos publicaron cuando estalló el escándalo, de planta modesta que pregonaba honestidad, una casa sencilla y elemental como hay tantas en el campo: cuatro paredes blancas y un techo, con un gran jardín lleno de maleza, enmurado, a quinientos metros del pueblo, al borde de la carretera nacional 183 y al lado del cementerio. Hasta allí, caminando del bracete, llegaban desde la estación la extraña pareja del barbudo y una mujer cambiante, que una vez cruzado el umbral nunca nadie volvía a ver. Horas más tarde salía por la chimenea un humo espeso, que algunos vecinos, luego, en el juicio, aseguraron que olía fuerte y mal, pero que hasta entonces no les había llamado especialmente la atención. Landru regresaba a París, retiraba del banco el dinero de la víctima, desvalijaba su piso, vendía su ropa y

sus muebles a diferentes brocanteros, y almacenaba en un garaje en la calle Morice, en el barrio suburbial de Clichy, los bienes que no podía vender enseguida.

De la calidad de su mente, de su corazón sórdido y contable, hablan algunos detalles elocuentes. Por ejemplo: cada vez que viajaba con alguna de sus víctimas a la casa sacrificial apuntaba en su agenda, bajo la rúbrica “gastos”:

“Un billete de ida y vuelta a Gambais, 4 francos 95.

Un billete de ida, 3 francos 10”.

Hasta diez veces le dijo al expendedor de billetes en la estación de tren de París:

–Dos billetes a Gambais; uno de ida y vuelta y otro sólo de ida.

¡Sólo por esa frase mereció varias veces la guillotina!

Y hay algo de apropiado en el hecho de que a un criminal tan desalmado pero de ambiciones tan convencionales le pillasen porque una mujer, amiga de una de sus víctimas –la viuda Buisson, que poco antes de desaparecer se lo había presentado como “mi novio, el señor Frémyet”–, le reconoció (desde luego era inconfundible su rotunda calva calavérica y su barba de fenómeno circense) en una tienda de la Rue de Rivoli, donde Landru estaba comprando una vajilla de porcelana.

Esta señora, llamada Bonhoure, telefoneó al comisario Dautel, encargado del caso, y le dijo que había encontrado al “barbudo” Frémyet en la tienda Les Lions de Faïence; había intentado seguirle por la calle, pero desgraciadamente lo había perdido en las aglomeraciones.

Dautel ya estaba al tanto de que el tal Frémyet era un tipo sospechoso, relacionado con el misterio de la desaparición de varias mujeres.

En mayo del año anterior, el último de la guerra, el alcalde de Gambais había recibido la carta de una mujer angustiada por la desaparición de su hermana, Célestine Buisson, a la que en cierta ocasión había acompañado con su novio, el señor Frémyet, a visitar la casa de éste en el campo. Después, tanto la hermana como el novio habían desaparecido sin dejar rastro. La mujer recordaba perfectamente la casa, y en la carta la describía con todo detalle. El alcalde reconoció la villa junto al cementerio; lo raro e inquietante era que estaba alquilada a un tal Dupont, y que meses antes había recibido otra carta, muy parecida a ésta, remitida por otra mujer angustiada, exponiendo hechos muy parecidos sobre la desaparición de una tal señorita Collomb.

El caso de éstas y otras mujeres desaparecidas al poco de ser vistas en compañía de un galán calvo y barbudo le fue encargado a Dautel. Ahora Dautel se presentó en la tienda de la calle de Rivoli, donde le esperaba un golpe de suerte: el barbudo había comprado una vajilla y dejado el nombre y la dirección donde había que llevarla: Sr. Guillet, ingeniero. 76, Rue Rochechouart, en el barrio de Montmartre.

¿“Guillet” y no “Frémyet”? Al comisario le sonaba de algo ese nombre de Guillet. En los ficheros encontró los antecedentes de Henri-Desiré Landru, alias Guillet, de 51 años de edad, en busca y captura por diversos timos, estafas y abusos de confianza cometidos contra mujeres antes de la guerra, delitos por los que había pasado ya algunos años en prisión.

Al día siguiente, 13 de abril de 1919, a las seis de la mañana (la policía no podía arrestar a nadie en su domicilio antes de esa hora), Guillet era detenido, para estupefacción de su amante, la joven Fernande Segret, con la que convivía desde meses atrás y que lo tenía por un caballero gentilísimo, delicado y culto.

Y al otro día aparecía en el Petit Journal el siguiente breve: Importante detención en Montmartre. La primera brigada móvil detuvo ayer, en París, en pleno Montmartre, gracias a denuncias anónimas, a un individuo vestido muy elegantemente, casi completamente calvo pero con una abundante barba negra. Este hombre, del que se sospecha que ha puesto la ciencia del

hipnotismo al servicio de sus malos instintos, estaba buscado por más de diez comisarías de Francia bajo los nombres de Dupont, Desjardins, Prunier, Perrès, Durand, Morise, etcétera.

Una vez en los locales de la Sureté, ha acabado por confesar que en realidad se llama Henri Landru, nacido en París, en el 19 barrio, en 1869. Landru está actualmente acusado de robos cualificados, estafas y abusos de confianza, acusaciones que rechaza, aunque sin dar ninguna explicación y contentándose con responder a cualquier pregunta: 'No tengo nada que decir; tendrán que vérselas con mi abogado'.

Pero es posible que más pronto que tarde este triste personaje considere más prudente ser un poco menos reservado, porque, según todos los indicios, va a tener que responder ante la justicia de hechos mucho más graves que los que hoy se le reprochan. Sobre este tema, ya pesan sobre él los cargos más pesados.

El periodista Danglure, redactor de ese breve, estaba bien informado, tenía bonísimos contactos en la Sureté. En el registro de la casa de Landru la policía había encontrado dos documentos que se revelarían fundamentales: un cuaderno de bolsillo y una agenda. Por las páginas del primero se extiende una contabilidad minuciosa que registra cualquier gasto, por pequeño que fuese, y cualquier entrada de dinero. Así por ejemplo el botín obtenido de la señorita Pascal: "1 paraguas, 5 francos; un abrigo, 5 francos; 1 cama de hierro, 35 francos; una alfombra, 12 francos... dentier Pascal, 12 francos".

En la agenda, toda suerte de jeroglíficos, encabezados por una lista de nombres: Cuchet, Collomb, Buisson... etcétera.

Enseguida fue conocida como "La agenda de las muertas" o "La agenda de las novias", y el caso del "moderno Barba Azul" desplazaba en los periódicos a las noticias sobre la ocupación del Ruhr, sobre las condiciones de paz, sobre aquella posguerra rencorosa. Gracias a estos documentos, a esa contabilidad y memorando, se supo que Landru había sostenido simultáneamente y durante toda la guerra escarceos con docenas de mujeres; algunos no habían cuajado a su gusto, otros los había interrumpido pues la candidata era "SF", o sea "sin fortuna", o tenía demasiados familiares próximos que pudieran estorbar sus amoríos, hacer preguntas.

Landru no podía prescindir de esos libros de contabilidad; sin ellos se habría hecho un lío fenomenal con sus propios alias, los nombres, direcciones, gustos particulares y situaciones económicas y familiares de sus presas, las horas y fechas de sus citas, etcétera. Gracias a esta documentación exhaustiva se pudo reconstruir su trayectoria criminal casi día a día.

Así por ejemplo, el 1 de mayo de 1915 había aparecido en el Journal, bajo la rúbrica "Matrimonios", su anuncio:

"Señor. 45 años, solo, sin familia. Situación 4.000 desea matrimonio dama edad situación parecida".

Respondió Célestine Buisson, una viuda de la misma edad, con una modesta renta.

"Señor, disculpe, he leído su anuncio en el diario. Tengo doce mil francos, un hijo au feu, estoy sola y me gustaría rehacerme una posición. Si quiere escribirme hágalo a lista de Correos..."

Después de la primera cita, el 14 de mayo de 1915, en la que "Frémyet" la impresionó contándole que era ingeniero y tenía fábricas en el Norte, de donde había sido expulsado por los ataques de la aviación alemana, anotó en el dossier titulado "Asuntos en reserva":

"Buisson. Tiene un hijo de 19 años en Bayonne. Una o dos hermanas. Se casó con un hotelero. Era criada, sin fondos. A la muerte del viejo se quedó con la pasta y los muebles. Envidias de familia. La vi el 14. Escribiré".

La pobre Célestine debió de quedar tan favorablemente impresionada por el señor Frémyet que al día siguiente un escrúpulo de conciencia la impulsó a volver a escribirle para puntualizar: "Ayer le dije a usted que poseo entre 10.000 y 13.000 francos. Esos 13.000 francos los he invertido, pero para no engañarle con las pérdidas, pongo 10.000".

Al cabo de un mes Célestine ya está rendida: “Querido, mi hermana va a acoger a mi hijo en su casa... Sabes que le quiero, pero tú le superas...”.

Luego se abre un silencio de varios meses, durante los cuales Landru debía de estar ocupado en otros asuntos, pero reaparece el 1 de enero de 1917 para desearle a Célestine feliz año nuevo y regalarle un broche de oro. El 6 de agosto, la viuda retira todos sus títulos del Crédit Lyonnais. El 8, Landru los negocia y compra valores a su propio nombre. El 1 de septiembre aparece en su agenda la siguiente anotación: “10.15”. Una hora, probablemente la de la muerte de la pobre Buisson.

Nunca más se la volvió a ver. El 2 de septiembre Landru repartió dinero a su esposa y a Fernande. El 4 se presentó en un banco con su esposa, que firmó como “Viuda Buisson” un título nominativo de la desaparecida. Luego Landru subarrendó el piso de su víctima y vendió al nuevo inquilino la mayoría de los muebles. El resto, la ropa, objetos de aseo, etcétera, lo guardó en el garaje de Clichy.

En ese garaje con sugerencias de mausoleo, en el que se amontonaban camas, muebles, armarios, mesas de noche, maletas, ropa femenina, misales, y diversos documentos de identidad, como certificados de matrimonio y actas bautismales, se encontraron además montones de papel, entre ellos su voluminosa correspondencia galante. El hombre solía proceder según la siguiente fórmula.

Una primera carta declarando seriedad y rectitud en las intenciones: “Sueño con un amor verdadero, hecho de sentimientos sobre los que se pueda fundar una felicidad duradera. Soy lo bastante independiente para declararle sin más preámbulos que, en cuanto a mí, la situación financiera no cuenta nada en la elección de la esposa”.

La siguiente carta era más emocional, aduladora y tenuemente erótica, mostrando un corazón sensible:

“Es en un estado de cierta confusión que respondo a su hermosa carta y a esa delicadeza que ha tenido al enviarme su fotografía... Ahora, allá donde tenga el honor de encontrarme con usted, reconoceré entre mil su silueta elegante, su gracia...”.

En la siguiente carta se muestra ya desvalido, inofensivo, rendido sin remedio, melindroso:

“Le abro de par en par las puertas de mi pobre corazón solitario, no se ría usted de él...”.

Esa correspondencia estaba distribuida en carpetas hechas con papel de periódico y etiquetadas con los siguientes rótulos: Responder a lista de Correos; En reserva; Archivos; Responder de inmediato; Sin respuesta PR (petits revenus, poco dinero). Probable F. (probable fortuna), Sin F. (sin fortuna, RAF (Rien à faire, nada que hacer).

El comisario Dautel y el fiscal que llevaría la acusación en el juicio reconstruyeron la trayectoria de Landru hasta la guerra: había nacido en París, en 1869, hijo de un empleado de comercio y una costurera. Se casó muy joven, tuvo tres hijos, y después de cumplir el servicio militar se dedicó a diversos timos a través de anuncios en la prensa: contrataba agrimensores so pretexto de encargarles mediciones de terrenos lejanos, y les obligaba a comprar instrumental y una bicicleta, que robaba y revendía. Registró una sociedad, Publicitas, para realizar diversos fraudes bancarios. Por fin, estafó a una viuda a la que había prometido matrimonio. La mujer, contra todo pronóstico, le denunció. Y es probable que en la cárcel donde pasó unos pocos años decidiese que aquello no volvería a ocurrirle; en adelante se ocuparía de que las mujeres a las que iba a estafar no pudiesen presentar denuncia.

Lo único de ellas que la policía pudo encontrar fueron unos cuantos dientes y algunos fragmentos de huesos hallados dentro del horno de cocina y en el suelo del sótano de la casa de Gambais; los esqueletos de los perros de una de ellas, bajo un montón de hojas secas en el jardín; sus prendas y muebles en el garaje-desván de Clichy. Lo que fue de sus cuerpos lo insinuaba la agenda en la que quedaba registrada la compra incesante de sierras y otras herramientas: “16 julio 1916, 4 hojas sierra a 0,50 francos; 8 febrero 1917, una docena de sierras para metales de 0,22: 6 francos 60; 25 abril 1917, sierra de troncos: 4 francos 25; 6 junio 1917,

sierra circular: 3 francos 15; 9 octubre 1917, tres hojas de sierra a 0,40: 1 franco 20; 6 marzo 1918, 6 docenas de sierras para metales, 25 francos...” , sin contar las tijeras de podar, cizallas...

Pese a estas y otras pruebas y testimonios abrumadores Landru porfió en declararse inocente. Estaba erróneamente convencido de que si los cadáveres no aparecían, no podía ser condenado; desde luego, no podía negar que había tenido relaciones con todas aquellas mujeres. Alguna, alegó, había emigrado a América, donde ahora mismo, mientras a él le sometían a aquel juicio arbitrario, debía estar paseando por algún bulevar con palmeras y eucaliptos, la mar de feliz. Otras se casaron con otros hombres... De otras no podía decir nada: su caballerosidad, su natural discreción, le impedían traicionar las confidencias que le hicieron.

Durante el juicio se mantuvo desenvuelto, altanero y hasta desafiante, prodigando las réplicas puntillosas. Los robos de las bicicletas, la agencia Publicitas, sus cartas de amor, su pulcritud refitolera, sus hechuras físicas, enclenques y grotescas, que tan mal parecían compadecerse con las actividades de un Casanova y de un uxoricida... incluso las ilusiones y credulidad de sus víctimas, mujeres en general de media edad, poco atractivo y menos fortuna: en todo eso el público y la prensa encontraron un lado cómico, y convirtieron a Landru en una celebridad y en el protagonista de muchos chistes desgraciados.

El 25 de febrero de 1922, al alba, fue guillotinado.
